

y yo, además, nos vamos habituando á que cada una de las brillantes obras que publica, lleve al frente algunas humildes palabras mías.

F. J. GOMEZ FLORES.

DOÑA BRENDA

A Alfredo Chavero.

Celos tiene Doña Brenda
de Don Diego de Moncada,
pues le han dicho que está loco
de amores por una dama,
que es de ilustre nacimiento,
que es de elevada prosapia:
negro azabache los ojos,
de marfil las manos blancas,
dos rosas las dos mejillas,
leve pié, frente de nácar,
portentosa la hermosura
y su dulce nombre Laura.

Despierta está Doña Brenda
y soñando el de Moncada:
¡siempre el amor descuidado,
siempre los celos en guardia!
El sueña con sus amores—
bien lo dicen sus palabras—
y Doña Brenda, del lecho
convulsa y turbada, salta.
“Laura, murmura D. Diego,
“jura obedecerme, Laura;
“sé que D. Luis te enamora,
“si dices que no, me engañas:
“jura que sola conmigo
“saldremos de aquí mañana.”
No escucha más Doña Brenda,
gira en torno la mirada;
cerca de ella está una silla,
sobre la silla una capa,
un gran sombrero de plumas,
el talabarte y la daga.

Se arroja sobre el acero,
desnúdalo su venganza,
y en el pecho de D. Diego
con mano firme lo clava.
—Brenda, D. Diego murmura.
¡Infeliz! ¡Por qué me matas?
—Traidor... Traidor... — Doña Brenda
dice con la voz airada—
—Con esa mujer infame
no has de partirte mañana.
—¿Qué murmuras, Brenda mía?
¿Qué mujer es esa?

Laura
Y de un D. Luis tienes celos,
—¡Yo, de D. Luis de Moncada?
—¡Celos tú de nuestro hijo?
—No case con doña Laura
el inexperto mancebo,
que es doña Laura su hermana.
De amor que de mozo tuve
fruto fué la desdichada.
—Perdona, Diego, perdona,
Doña Brenda loca exclama.
D. Diego no le responde,
que está D. Diego sin habla.

Doña Brenda espera en vano,
suenan doce campanadas,
lívida está como el muerto,
no puede soltar el arma.
Sale de su casa y corre
por las calles y las plazas:
va tras de ella la justicia
La justicia no la alcanza.

Corre de día y de noche,
un sólo instante no pára,
y hasta que llega la muerte
ni sosiega ni descansa.

Después de morir le vieron
las ropas ensangrentadas:
¡siempre los ojos abiertos,
siempre en la diestra la daga!

SANCHO BERMUDEZ DE ASTORGA

A mi hermano Juan.

I

Está triste y desvelado
el Conde Sancho de Astorga,
y no sabe por qué causa
ni sosiega ni reposa;
por dos veces en el lecho
llamó al sueño con faz torva,
y de nuevo otras dos veces
levantóle su zozobra.
Abre el balcon de la estancia,
al antepecho se asoma,
y su mirada vaguea,
ya del cielo en la ancha bóveda,

ya en el lejano horizonte
 que las montañas recortan,
 ya en las brumas impalpables
 que por el espacio flotan,
 ya en el huerto: entre los árboles,
 entre las tinieblas horribas,
 se le figura que mira,
 cual dos fantasmas, dos sombras.
 Negra capa envuelve á la una,
 blanca túnica á la otra.
 — ¡Quién serán? dice Don Sancho,
 ¡Quién serán á tales horas?

II

Diríjese conturbado
 al camarín de su esposa:
 el lecho estaba vacío,
 en gran desórden las ropas,
 hundida la muelle almohada,
 la lámpara silenciosa,
 el tierno niño en la cuna,
 y una sonrisa en su boca.
 — ¡Es ella la infame! ¡Es ella!
 Clama Don Sancho, y retorna
 á su aposento y un rico
 arcabuz, airado toma.

III

Del balcon muy cerca vagan
 los dos amantes, que inmolan
 en aras de su cariño
 paz, ventura, y hasta el honra.
 La luna arrojó un instante
 su blanca luz melancólica,
 iluminando los rostros
 de un mancebo y una hermosa.
 — ¡Es ella. . . ! Repite el conde.
 ¡Desventurada traidora!
 Y es él, mi primo Don Arias,
 ¡el traidor que me la roba!
 Subió la sangre á sus sienes,
 tendió el arma matadora,
 y apuntó; pero no sabe
 á quién primero le toca
 lavar con su sangre ardiente,
 la mancha de su deshonra,
 si él á quién tanto ha querido,
 si ella á quién aún tanto adora.
 En perplejidad tan grave,
 en vacilacion tan hosca,

oye estas dulces palabras
 que el aire trae en sus hondas:
 — «Si tú murieras, bien mio,
 «muerta mi esperanza loca,
 «en el corazon al punto
 «hundiera mi daga toda»
 — ¡Pues húdela ya, Don Arias!
 Grita el conde con voz ronca,
 y del arcabuz tendido,
 partió la muerte, celosa
 de tanta dicha. — Bañada
 en sangre, en la verde alfombra
 cayó la dama, lanzando
 un ¡ay! de mortal congoja.
 — ¡Maldito seas, maldito
 Sancho Bermúdez de Astorga! —
 Gritó Don Arias, gimiendo
 en convulsion espantosa.
 Llevó á la cinta la mano,
 brilló la luna en la hoja,
 y en el corazon al punto
 hundióse la daga toda.

Dejó el arcabuz Don Sancho
 en un rincon de su alcoba,
 y fuése al lecho, y durmióse
 hasta el rayar de la aurora,

MARGARITA

A Victoriano Agüeros.

I

Margarita estaba triste,
 triste y sola. — Margarita
 que nunca tuvo placeres,
 ni nació para alegrías.
 Cuando el maternal cariño
 hizo falta á su alma tímida,
 y preguntó por su madre
 á un rodrigon que la mima,
 y á una dueña octogenaria
 que la cuidó desde niña,
 que con el alma la quiere
 y amorosa la acaricia

lleváronla hasta la iglesia
y enseñáronle una fría
sepultura, á los fulgores
de una lámpara bendita.
Allí desde muchos años
su pobre madre dormía,
y allí lloró muchas horas,
triste y sola, Margarita.

II

Hasta allí se fué una tarde
Margarita desolada,
y ante la fúnebre losa
dijo estas tristes palabras:
—¡Ay, madre! ¡Madre querida!
¡Ay, madre mía del alma!
Con un hombre á quien no quiero
van á casarme mañana.
—¡Mañana...! Repitió el eco
de las bóvedas sagradas.
—Sí, mañana, madre mía,
murmuró la desdichada,
creyendo que de la tumba
su madre le contestaba,
y allí derramó á torrentes
el tesoro de sus lágrimas.

III

Es Don Gaspar de Hiestrosa
un señor de horca y cuchillo,
rubio el cabello y la barba,
miradas de basilisco;
nunca en su vida ha llorado,
nunca en su vida ha reído;
negro es su humor como tizne,
y el alma negra lo mismo.
Con él quieren que se case
Margarita, y se lo ha dicho
á la doncella su padre,
que es indomable y altivo,
que cuando tiene un deseo
necesario es el cumplirlo,
que no se ablanda con lágrimas,
ni con ruegos ni suspiros.

IV

Ha terminado la boda,
ha terminado la fiesta;

Margarita, coronada
de azahar y de azucenas,
de rodillas y gimiendo
en el rincón de la iglesia,
ante la lápida triste
de este manera se queja:
— ¡Ay madre! Ya estoy casada,
y sé que á las seis me espera
el que es mi señor y dueño,
y mi albedrío encarcela.
¡Ay madre, madre del alma!
Dime tú, ¿qué me aconsejas?
Antes de partir mi lecho
con quien el alma detesta,
quisiera bajo la losa
que tus despojos encierra
dormir, madre . . . ¡Dime, madre,
si no es mejor estar muerta? . . .
— ¡Muerta! . . . Reprodujo el eco
de las bóvedas excelsas.
— ¿Muerta? Exclamó Margarita.
Bien, madre, esta noche mesma.

V

Estaba el sol moribundo
espirando entre tinieblas,

cuando la dama, llorosa,
salió al atrio de la iglesia.
Rumbo á su noble morada
cruzó las calles estrechas.
Llegó á su casa . . . En su alcoba
entró con frente serena.
Mudos, de ella se despiden
el rodrigon y la dueña,
los únicos que la quieren . . .
¡Sólo á ellos quiso ella!
Los ojos vuelve hácia el lecho,
los cortinajes despliega;
suenan las seis en los aires,
cuenta las seis y se acuesta.
Reclina en la almohada blanca
la peregrina cabeza,
y conteniendo el resuello,
Margarita inmóvil queda.

No respira Margarita,
la acosa el aire y no ceja,
que le niega el paso al aire
su voluntad que es inmensa.
De su tez el blanco lirio
se marchita y azulea,
hínchase el pecho y se cuaja
su virgen sangre en las venas.

Oye en són confuso y leve
unos pasos que se acercan
No oye más En su cerebro
se han roto al fin las arterias.

— ¡Margarita! ¡Margarita! —
Grita Don Gaspar y entra
en la estancia. — ¡Margarita! —
Margarita no contesta;
descorre los cortinajes
Margarita estaba muerta,
con la frente coronada
de azahar y de azucenas.

1879

RAMIRO RAMÍREZ

A Francisco Patifio.

I

Nieve el marmóreo semblante,
las negras pupilas fuego,
viva imágen espantosa
del exterminio y los celos,
en la mitad de la estancia,
empeñando agudo hierro,
está Ramiro Ramírez
de rencor y de ira lleno.
Cerca de él, de un gentil hombre
yace el cadáver sangriento,
y á sus plantas Berenguela
doblega el lánguido cuello.

—Mi amor á un tiempo y mi honra
me robaba ese mancebo
Pagaréis con vuestras vidas
mi honor y mi amor á un tiempo.
—Justo es, murmuró la dama:
herid, pues que sois mi dueño,
y en un solo punto acaben
mis tormentos y los vuestros.
Brilló en la sombra la daga:
se oyó murmurar un rezo:
tras un grito, el golpe rudo
de un cuerpo que rueda al suelo
.....
.....
Despues, el paso de un hombre
que se aleja, y nada luego.

II

En una oscura capilla
cubierta de paños negros,
enlutada la techumbre,
enlutado el pavimento,
bajo una elevada cúpula,
frente al altar, en el centro,
se ven arder cuatro cirios
y un catafalco en el medio:

sobre él están descansando
dos ataúdes abiertos,
el uno de ellos vacío,
ocupado el otro de ellos.
El cadáver de una dama
duerme en él el postrer sueño,
y tiene el rostro velado
de un oscuro crespon denso.
Cerca de ella, inmóvil, pálido,
está un gallardo mancebo,
sin armas y sin insignias,
de luto el rico chambergo,
la torva triste mirada
fija en los mortales restos,
el corazón moribundo
y estertoroso el aliento.

III

Es él, Ramiro Ramírez,
el castellano guerrero
que casó con Berenguela,
hace un año más ó ménos.
En esa misma capilla
Berenguela le dió un beso,
y de allí se fué á la guerra
á combatir como bueno.

Y es Berenguela la dama
que ocupa el mortuorio lecho
Ramiro le ha dado muerte,
la noche anterior la ha muerto.

IV

Mira Ramiro Ramírez
al cadáver largo tiempo;
al fin con trémula diestra
levanta el fúnebre velo,
y aparece ante su absorta
mirada, el rostro hechicero
que aún del cincel de la Parca
resiste al golpe violento;
que aún ostenta la frescura,
el hechizo, el embeleso
y la magia seductora
de otros felices momentos.

V

Después las fúnebres gradas
sube Ramiro en silencio,

y hasta el ataúd vacío
llega tranquilo y sereno.
¡Era su lecho nupcial
aquel espantoso lecho!
Allí estaba su consorte,
su alegría y su contento:
la miró desesperado
de amor y de angustia lleno,
y dijo así con voz lenta
y con moribundo acento:
— Ha un año tierna y sencilla,
velado en casto rubor,
me diste un beso de amor
en esta misma capilla.
Y hoy de mi pena al exceso
vengo en brazos de la muerte,
Berenguela, á devolverte
aquel dulcísimo beso. —
En los labios de la muerta
los suyos puso el mancebo;
se oyó un rumor misterioso
por las bóvedas del templo,
y tras un postrer gemido,
tal vez de remordimiento,
rompió su cárcel el alma
Cayó Ramiro en el féretro.

DOÑA BLANCA

—

A Eduardo González Gutiérrez.

I

Sola está la noble viuda
en su sombrío retrete;
la servidumbre reposa,
y el tierno vástago duerme.
Ella es Blanca, á quien el cielo
colmó de preciados bienes:
virtud, riqueza, hermosura
¡Cuánto ambicionarse puede!
Amó un día, y aquel ciego
querubin de alas de nieve,
que anda entre fuego y armado
entre el fuego se divierte,

le dió el arco una mañana
y una aguda flecha ardiente,
y ella gozosa y confiada,
y él vivaz, traidor, y aleve,
dispararon sobre un noble,
jóven señor, bravo y fuerte,
que al débil golpe, sumiso
á los piés de Blanca viene
á ofrecerle sus amores;
su fé, su mano á ofrecerle;
y Nuño Rico ante el ara
tan noble oferta mantiene.

II

Partióse Nuño á la guerra,
de la boda á pocos meses;
fama y honra gana en ella,
en ella la vida pierde,
y llorando su desdicha
sin dicha que la consuele,
sumergida en la tristeza
de tantos días alegres,
sola está la noble viuda
en su sombrío retrete;
la servidumbre reposa,
y el tierno vástago duerme.

III

Súbito golpe se escucha,
se abre el balcon de repente,
y un hombre en su capa envuelto
ante la dama aparece.
Sobrecogida de espanto,
horrible espanto, se créé
presa de extraño delirio,
que cómo rayo la hiere.
Mas el honor ofendido
lucha en su espíritu y vence,
y reconoce asombrada
á Don Leonel de Meneses.
—¿Qué buscais?, dice, y resuelta
á su enemigo se vuelve,
como fuego la mirada,
el semblante como nieve.
—Busco Blanca, la ventura
que me roba ingrata suerte;
mil veces os la he pedido,
me la negásteis mil veces.
Señora, al pié de esa reja,
en poderosos corceles,
mis escuderos, mis pajes,
nos aguardan impacientes.

Si juntos de aquí salimos
no temáis que no os respeten;
de lo contrario, este lance
la honra vuestra compromete.
—Piedad, señor, por el nombre
de esa criatura inocente.
¡Idos! Y haced lo que un noble,
por serlo tan sólo, debe.
Amigo fuísteis de Nuño. . . .
Fué en los tercios vuestro jefe. . . .
—Señora

—Ó mi servidumbre
haré que al punto despierte.
—Si no venís de buen grado
á mal grado haréis que apele,
y entre mis brazos robustos
hasta mi palacio os lleve.
—¡Paso! Gritó doña Blanca
y salir de allí resuelve;
mas él con rápido ímpetu
en su marcha la detiene.
y el duro cerrojo afianza
de la puerta. . . . Nada puede
ya la infeliz. . . . El infante
en la cuna se estremece;
Leonel con sonrisa horrible
hácia la cuna se vuelve;
Blanca adivina su intento. . . .
Tal vez su razon se pierde. . . .
¡Qué hace Blanca? ¡Por qué inunda
su faz un fulgor celeste?

Corre á su lecho. . . . ¡Es un siglo
un instante, y es tan breve!
Toma un puñal toledano
que bajo su almohada tiene,
y como herida pantera
que á su cachorro defiende,
cuando va á tocar al niño,
ántes que á tocarle llegue,
el arma rápida clava
en la espalda de Meneses.
—Así has de morir, villano,
que así los traidores mueren,
y pues aguardan tu vuelta
en la calle tus donceles,
se han de quedar asombrados,
¡vive Dios!, de cómo vuelves.
Dice la dama y un lúgubre
silencio á su voz sucede.

IV

Y miéntras el noble innoble,
de pié no pudo tenerse,
y al suelo rueda, y rugiendo
en su sangre se revuelve,
Blanca á los suyos reclama;
doncellas y pajes vienen,

y llenos de asombro escuchan
 estas palabras solemnes:
 —Deshonrarme ese hombre quiso,
 por eso le dí la muerte,
 ¡y por donde vino vuélvase
 que mi honor así lo quiere!
 Señala el balcon, dos pajes
 el tronco helado suspenden,
 y por el balcon arrójanlo,
 cuando áun el alma rebelde,
 con doloroso gemido
 de su cárcel se desprende,
 y su infortunio maldice
 entre la vida y la muerte.

V

Y miéntras se oye en la calle
 rumor de rondas y gentes,
 imprecaciones y votos,
 y relinchos de corceles,
 sola está la noble viuda
 en su sombrío retrete;
 la servidumbre reposa
 y el tierno vástago duerme,

SOR ANA

—
 A Manuel Nicolin Echánove.

I

Doña Ana adora en Gelmírez
 y Gelmírez en Doña Ana:
 él es hidalgo, aunque pobre;
 ella de regia prosapia.
 Doña Ana tiene un hermano;
 y ha jurado ántes matarla,
 que permitir que se enlace
 con Gelmírez Doña Ana.

II

Doña Ana entre los cuarteles
de sus jardines divaga,
y espera como acostumbra
á su amante en horas altas.
Sopla el viento y en los aires
la luna el nublado rasga,
y ve la hermosa en el muro
balancearse la escala.
El corazon le da un vuelco,
corre y al pié de la tapia,
ve á su Gelmírez tendido
en la yerba ensangrentada,
mortal el bello semblante,
y no léjos de él un arma
mira absorta y reconoce
que es de su hermano la daga.

III

Del almenado castillo
desde una ojiva, angustiada

miró pasar el entierro
de Gelmírez, Doña Ana.
¡Qué de tiernas ilusiones,
qué de alegrías frustradas
junto con el negro féretro
va á guardar la tumba helada!
¡Pobres flores en su tallo
por el huracan tronchadas,
pobre amor muerto en la cuna,
pobre mujer, pobre alma!
Ayer todo era ventura,
campos de oro y esmeralda,
arroyos, aves y rosas
y praderas perfumadas.
Hoy, revuelto mar que ruge,
árida; inmensas playas,
campos que el invierno agosta,
negras ruinas solitarias.
¡Mañana, la noche eterna
á la luz de débil lámpara,
el tiempo sólo, sin horas,
sin hoy, ni ayer, ni mañana!

IV

Nada á su hermano le dice
la doncella desdichada;

ni una queja, ni un reproche
 ¡Llora, gime, reza y calla!
 Nada le dice á su hermano;
 mas á las puertas sagradas
 de un convento se presenta,
 y en una celda se ampara.

V

Las madres concepcionistas
 están de fiesta y de gala,
 que con el Rey de los Orbes
 noble doncella se enlaza.
 Los más hermosos cabellos
 se cortan al pié del ara;
 la más rica fantasía
 quiebra ante el altar sus alas;
 el corazon más sensible
 sepulta sus esperanzas;
 el alma más tierna y noble,
 la más pura de las almas,
 del mundo mísero y triste
 los anchos límites salva,
 y á las celestes regiones
 en pos de otra alma se lanza.

VI

—“Ven, hermano, hasta el recinto
 de mi celda solitaria:
 aquí Gelmírez habita:
 ven á clavarle tu daga.
 Ven, y si quieres herirle
 en mí misma, el hierro clava,
 que es la celda de Gelmírez,
 el corazon de Sor Ana”.—
 Esto la monja escribía,
 deshecha en un mar de lágrimas,
 desde el oscuro recinto
 de su celda solitaria.

VII

—“Burlaste mis ilusiones,
 burlaste mis esperanzas;
 si ántes fué ruda, más ruda
 será mi nueva venganza.

Te destinaba un esposo
 que de estirpe regia emana;
 mas puesto que desdeñaste
 honra tal, merced tan alta,
 y de este modo destrozas
 los blasones de tu casa,
 y así sus fueros insultas
 y mis derechos ultrajas,
 mañana, al morir la tarde,
 al locutorio te baja;
 que en él estará Gelmírez
 esperándote mañana" —
 Esto á la monja escribía,
 desde su noble morada,
 brotando sangre los ojos,
 el feroz Tello de Tapia.

VIII

¿Estaba muerto Gelmírez
 ó no más herido estaba?
 ¿Fué verdad lo del entierro
 ó fué el entierro una farsa?
 ¿Los cánticos funerales,
 la negra mortuoria caja,
 aquel lúgubre cortejo,
 y el clamor de las campanas,

eran engendros tan sólo
 de su mente conturbada?
 ¿Del dolor creaciones fueron?
 ¿Fueron delirios del ánima?

IX

Rodaron tristes las horas
 ¡Cuán pausadas, cuán amargas
 para el sér desventurado
 que mide el tiempo que pasa!
 ¡Una eternidad la noche
 desde el crepúsculo al alba,
 y del alba hasta el crepúsculo
 de aquella tarde, qué calma!
 ¡Qué calma tan espantosa
 en medio de la borrasca!
 ¿En dónde se hará pedazos
 con el barquero la barca?

X

Son las seis, la tarde espira,
 deja su celda Sor Ana,

y con paso vacilante
 hasta el locutorio baja.
 Mira al través de la reja,
 y . . . — ¡Es él, Gelmírez! — exclama,
 y sin aliento á los hierros
 con mano fría se agarra.
 Él era, el mismo Gelmírez
 embozado en una capa,
 pálido como los mármoles
 de las vetas de Carrara.
 Detrás estaba un mancebo
 de retorcida mirada,
 fiero, inmóvil, hosco, mudo
 El hermano de Sor Ana,
 — ¡Tello, le grita la monja,
 mal haya seas, mal haya
 tu horrible burla y la ira
 de tu espantosa venganza!
 Y añade la monja, viendo
 al sér á quien tanto amaba:
 — Mientes, Tello, no es Gelmírez
 ese enlutado fantasma
 ¡Gelmírez está en mi pecho,
 Gelmírez vive en mi alma!
 — ¡Ana, Gelmírez murmura,
 yo soy! Tello no te engaña,
 Tello consiente en que seas
 mi noble esposa ante el ara.
 Roto está el voto que hiciste
 y aquí está la bula santa.
 — Aquí está, murmura Tello,
 y muestra un papel. . . .

— ¡No! ¡Calla!
 Exclama otra vez la monja.
 No es esa sombra quien habla.
 ¡Oigo la voz de Gelmírez
 que de otro mundo me llama!
 ¡Ya voy, Gelmírez, espera!
 ¡Ya voy, Gelmírez, aguarda!—
 Dice Busca entre sus ropas
 un objeto, y luego, rápida,
 dirigiendo al cielo augusto
 hermosísima mirada,
 del seno en medio, hasta el puño,
 clavóse una rica daga,
 y rueda al suelo y la sangre
 por el ancha herida salta.
 — ¡Maldito seas, Don Tello!
 Gritó Gelmírez ¡Mal haya
 quien olvidó que hay amores
 que una vez sola se matan!

DOÑA ELVIRA

A Bartolomé Pérez Hermida.

I

El Conde de Aldaz es viejo
pero tiene esposa joven,
como rosas las mejillas,
y los ojos como soles.
Se llama Elvira, y muy tierna
en hora ingrata casóse,
porque á casar la obligaron
exigencias y temores;
no el amor, pues era el solo
imán de sus ilusiones
Rui-Fernández con quien tuvo
y aún tiene, ocultos amores.

II

Hijo de Elvira es Don Mendo,
mancebo gallardo y noble,
capitan el más valiente
de los tercios españoles,
que bajo el delgado cútis
aún el rubio bozo esconde,
y es ya en la ruda pelea
de los contrarios azote.

III

Tiembla Elvira cuando al mozo
contempla embebido el conde;
parece que una honda pena,
oculto cáncer que roe
su corazón, hace á veces
que á su faz el llanto asome,
y la espléndida hermosura
de su rostro le trastorne.
¡Tal vez combaten y estallan
en su pecho los dolores,

como las olas de Atlante
cuando se encuentran y rompen!

IV

En una vieja poltrona
la existencia pasa el Conde,
paralizados los miembros
de añeja dolencia al choque.
Diz que en la lid espantosa
de una lanza al rudo golpe,
cayó al suelo y que el sentido
largo tiempo perdió entónces;
y desde entónces no hay modo
de que sus miembros recobren,
la sávia, el vigor, la fuerza,
que hubo del destino en dote.

V

Y allí, en su vieja poltrona
está el de Aldaz, una noche,
cuando Fortuño, escudero
que de antaño le conoce,

entra y le dice:—Señor,
sé que manchan tus blasones;
sé que hay quien aquí te ultraja,
quien escarnece tu nombre.
—¿Quién tal hace? Con voz ronca,
exclama furioso el Conde.
—Señor, tu esposa.

—¿Qué has dicho?
—Tu esposa todas las noches
las desiertas callejuelas
de tus jardines recorre,
de un hidalgo acompañada,
en punto á las oraciones.
Ruge el de Aldaz en su silla
cual hiena herida, se encoje
y gira en torno los ojos
como inflamados tizones.
Ha tiempo que horribles celos
llenan su alma de rencores,
tiempo há que su pecho hiere
el desden de su consorte,
y con acento convulso
exclama:—Fortuño, ¿me oyes?,
dile á Don Mendo eso mismo.—
Y como muerto quedóse.

VI

—Señor, le dice Fortuño
á Don Mendo, noche á noche

en los jardines he visto,
en punto á las oraciones,
á una dama y á un hidalgo.
—Fortuño, y tú ¿los conoces?
—Señor, el Conde me envía....
—¿Dime al instante sus nombres!
—Ella es Doña Elvira....

—¿Madre!—
¡Ah, Fortuño, en bien te pone
con Dios, que es reo de muerte,
quien tal secreto conoce....!
Rodó Fortuño en el suelo
traspasado el pecho innoble,
y en aquel horrible instante
sonaban las oraciones.

VII

Al jardin con el sangriento
acero en la mano, corre,
y allí Don Mendo dos sombras
distingue en la sombra inmóviles.
—Madre.... ¡Madre!....

—¿Qué haces, Mendo?
Don Mendo no le responde,
blande el hierro, al cual el otro
hierro apenas se le opone,
y como el rayo potente,

y como el rayo veloce,
 en el seno del contrario
 el arma sangrienta esconde.
 Lanza un grito Doña Elvira
 que repercuten los montes,
 y se queda muda y fría
 como una estatua de bronce.
 Mira Don Mendo que llegan
 con luces dos servidores,
 y hácia ellos rápido avanza,
 y en su paso se interpone.
 —¡Idos, canalla! Murmura,
 y de manos de uno, coje
 una tea y torna solo
 al horrible sitio, en donde,
 aún Doña Elvira parece
 que no alienta, que no oye,
 que no vive, en el espacio
 clavada la vista inmóvil.
 La ve Don Mendo y alumbra
 y pasmado reconoce,
 en el sangriento cadáver
 á Rui-Fernández de Ordóñez:

VIII

— Mendo, al fin exclama Elvira
 descompuestas las facciones,

pues mataste á Rui-Fernández
 ruega á Dios que nos perdone.
 —¡Madre!

— ¡En tus venas circula
 sangre que tiñe tu estoque!
 — Madre, escucha. . . .

Doña Elvira,
 cae al suelo y no responde.

IX

Dentro y fuera del palacio
 se escuchan sordos rumores.
 ¡Se acerca al sitio del crimen
 la justicia de los hombres!
 Es fuerza que ignore el mundo,
 es fuerza que el mundo ignore,
 que en casa de Aldaz habitan
 la deshonra y las traiciones.
 Mendo se acerca al cadáver,
 sobre sus hombros le pone,
 y por un portillo estrecho
 que da á los campos, salióse,
 medroso el paso y lijero,
 con el cabello en desórden,
 tinto hasta los gavilanes
 de propia sangre el estoque.